

nos precede y porque nos socorre el lenguaje es cuando comprendemos que somos beneficiarios de una milenaria fortuna. Beneficiarios; todo lo más, herederos: no dueños. Cada hablante de esa especie formada por una multitud de «animales inconsolables» (el acierto poético lo escribió José Saramago) sabe o debiera saber que las palabras son el consuelo más fulminante y duradero y fraternal con que contamos para mitigar la llaga incurable de sabernos criaturas frágiles y mortales. Por eso a los jóvenes poetas les sobreviene siempre ese momento, luminoso en que sienten una oceánica gratitud por los maestros del habla, es decir, por los poetas que a ellos les han antecedido. ¿Qué se aprende de los verdaderos maestros, de los poetas radicales? Lo resumió don Miguel de Unamuno: «Tened fe en las palabras, porque ellas son cosa vivida.» Con esa frase don Miguel nos recuerda que las palabras españolas nos anteceden en mil años, que nos llegan con canas de mil años de longitud, y que por ello hemos de aproximarnos al lenguaje con el respeto con que nos aproximaríamos a ancianos milenarios. Algo más nos muestra don Miguel con esa recomendación: cada palabra que nosotros usamos ha sido pronunciada, y durante diez siglos, por centenares de magos del lenguaje, por centenares de profundos poetas; y además, y sobre todo, las palabras, antes de llegar en forma de pomada a las heridas de nuestra pequeñez y de nuestro estupor de criaturas finitas, han sido pronunciadas por billones de seres anónimos, por billones de hermanos que descansan bajo la tierra después de haber ensalivado con su ser el lenguaje mientras vivieron y se comunicaron con palabras. «Cosa vivida», escribió don Miguel: cosa condecorada por las canas. Todo verdadero poeta ha conversado siempre con las canas de la emoción y las palabras, esas canas que ya eran venerables cuando nuestros antepasados mitigaban sus penas viejas calentando sus manos en el fuego que no se apaga nunca, esa hoguera formada por la emoción y las palabras de los seres humanos. Porque esa hoguera es colectiva, nadie es dueño de ella. El poeta Luis Rosales acertó a señalar que «las emociones, como el lenguaje, nacen en una fuente remota del sentir colectivo.» Esto quiere decir que de las materias primas con que se levanta el edificio de nuestra identidad, las emociones y el lenguaje, no somos propietarios, sino favorecidos.

Las emociones y el lenguaje no han llegado hasta nuestro tránsito para que los encarcelemos en la mazmorra de nuestras propiedades, sino para que los celebremos en agradecido usufructo. Sentir y hablar son dones. No son nuestra proeza: son nuestra herencia y nuestro privilegio. Desdichado todo aprendiz de poeta que no haya advertido que las palabras y las emociones no han venido desde tan lejos sólo para servirnos a nosotros, sino también y sobre todo para que las sirvamos. No hay que gastarlas, sino administrarlas y tratar de hacerlas crecer siquiera un poco, siquiera en la medida de nuestro fervor desconsolado, elocuente, emocionado y pasajero. Porque eso es lo que somos: criaturas desconsoladas, elocuentes, emocionadas y fatalmente pasajeras. Por el contrario, el lenguaje no es pasajero y no es desconsolado: viene siendo remoto y colectivo antes del suceso casual de nuestro nacimiento, y continuará siendo social y duradero cuando nosotros ya no estemos aquí. Y ahora hagamos de nuevo la pregunta: ¿para qué sirve la poesía? Lo hemos visto: para ir haciéndonos ricos de humildad, para saber que ni siquiera nuestros apellidos son nuestros, sino de nuestros padres, quienes, como nosotros, recibieron sus apellidos en usufructo. ¿Para qué sirve la poesía? Para habitar el modesto orgullo de no desconocer que al hablar y al sentir no somos únicamente criaturas mortales, sino parte de una presencia milenaria y multitudinaria: para participar de la magia y del susurro y la sorpresa de lo que no se acaba. Es decir: para ser momentáneamente inmortales. No a causa de nuestro talento, puesto que esa pequeñita inmortalidad también es pasajera, sino a causa de nuestro abrazo con las palabras y con las emociones en donde millones de años y billones de seres han venido sumando su júbilo de ser, su pena democrática y su ilusión de renacer cada vez que cualquiera de nosotros escucha la emoción, y habla. ¿Para qué sirve la poesía? Para recibir el alivio de participar en una aventura tan comunitaria y remota que ha acabado sonando con la palpitación de lo sagrado. Para saber que no somos únicamente fortuitos y fugaces pasajeros, sino también antiquísimos y sociales y misteriosos. Sin palabras seríamos errabundos y repetidos, como los pobres animales. Sin emociones seríamos cosas petrificadas, como lo son las piedras. Sólo con el socorro de la palabra poética alcanzamos a ser personas. Es decir:

individuos reunidos: criaturas pertenecientes a una inmensa familia que cruza su tránsito «de lo oscuro a lo oscuro» sabiendo que vivir no es una maldición ni una eventualidad: es un milagro.

Compartir el perfume remoto y la música antigua de la palabra poética es compartir fraternalmente la multitudinaria y enigmática majestad del barbecho de siglos en donde nace y grana nuestra raza. Para cosas así de sigilosas y de enormes es para lo que sirve la palabra poética... Por todo eso, suelo felicitar a los adolescentes que empiezan a escribir poemas, aunque no sepan todavía que han comenzado a conversar con la historia de nuestra especie. Y a todos ellos les sugiero que tranquilicen a su madre diciéndole que don Miguel de Cervantes Saavedra no se murió de hambre. Quizá tampoco murió de hidropesía. Y ni siquiera de esa otra dolencia que llamamos pena española. Hay la seria sospecha de que quizá continua vivo, escarmentando ovejas, defendiendo a los desconsolados, suspirando por Dulcinea y provocando siglo tras siglo la admiración de Sancho Panza: ese hombre pobre a oscuras que de repente ve la luz. Por cierto: ese hombre pobre a oscuras que de repente ve la luz. Por cierto: ese hombre pobre a oscuras somos todos nosotros. La luz es la poesía. Y no nos pertenece. Pero nos ilumina<sup>©</sup>